

LO SIENTO QQHH, PERO LAS FORMAS SÍ IMPORTAN, Y MUCHO.

JOSÉ RAMÓN CARREÑO, 18º



RESUMEN

En conciencia estamos obligados a ser más sabios que cuando éramos profanos. La curiosidad aflora conforme ascendemos a través de los grados masónicos y en un camino progresivo de mejora. No es suficiente con la curiosidad, sino solo un aval. "Pensar" obliga a dudar y, si esto es así, no se puede garantizar la certeza de nuestros pensamientos. La conciencia nos hace conocernos a nosotros mismos y, a la par, nos hace dudar de que lo conocido seamos nosotros y no un mero espejismo. Algo, todo, nada,... son conceptos a debatir, al igual que la verdad. Es importante abordar el interrogante de hacia dónde vamos. La respuesta en nosotros mismos.

Una verdad de perogrullo: por razón de nuestra condición masónica estamos obligados en conciencia a hacernos más sabios que cuando sólo éramos profanos. Hablo de voluntad. Hablo de proactividad¹.

Así es. Ser masones nos obliga a estar convencidos de la necesidad de transformar nuestra consciencia en una tabula rasa sin inscripción alguna que prejuzgue ni lo ya sabido ni, menos aún, "lo por saber". Porque sólo los necios prejuzgan lo que aún no saben. Lo ya sabido, porque si está prejuzgado, la nuestra será una verdad parcial, una verdad personal, una verdad mía, individual, tal vez compartida por algunos pero, desde luego, no universal, no la misma, ni en mis iguales ni para cada uno de ellos.

Grado a grado, arrastrados por

nuestra inquietud, intelectual o espiritual o de ambas a la vez, es la curiosidad quien interviene. Ella es quien nos empuja a realizar nuestros viajes iniciáticos -en el simbolismo primero, en el filosofismo² después- en el afán por aprender cómo llenar esa tablilla limpia que ya -como profanos- en la cámara de reflexión asumimos ser.

Y entonces, en algún momento del viaje hacia nosotros mismos, encontramos la luz y se nos revela la verdad primera del conocimiento: ¡si busco, encuentro!

Y con esta verdad en mi haber, poco a poco, empiezo a entender lo fútil de esa verdad aprendida; poco a poco asumiré que la curiosidad, por sí misma, no es garantía para adquirir el conocimiento, como tampoco lo es que ir al mercado con dinero sea garantía de compra alguna, ni de que sea buena, ni de que, tan siquiera, lo sea satisfactoria. Poco tardaré en entender que la curiosidad sólo es un aval y que los avales se pagan y se devuelven. Aprenderé que la curiosidad me obliga a pensar y que, pensar, cuesta trabajo y es penoso. Aprenderé que no es sencillo pensar. Que tampoco es fácil. Que pensar no está exento de dificultades y que, pensar, incluso, granjea enemigos, nuevos o reconvertidos de amigos en enemigos.

Aprendiz consciente de mi aprendizaje he entendido que el ejercicio de pensar conlleva una fatalidad: la de que "pensar" obliga a dudar y que, si esto es así,

no puedo garantizar la certeza de mis pensamientos, no puedo encontrar verdad alguna, no alcanzaré los universales, dudaré incluso de la necesidad de formular su dudosa existencia y no seré más que un loco vagabundo en busca de una mínima certeza de mi existencia pensante.

Aprendiz consciente de mí mismo, de mi existencia física, de mi existencia espiritual, consciente de mi conciencia filosófica, descubro, a mi pesar, que la primera verdad del conocimiento ya no es "si busco, encuentro" sino que la primera verdad es la de que "si busco, tal vez encuentre". Mi conciencia se convierte en mi mayor enemigo pues mi conciencia me hace conocerme a mí mismo y, a la par, me hace dudar de que lo conocido sea yo

y no un mero espejismo. Cuando descubro mi conciencia filosófica necesariamente tengo que descubrir que la única verdad es la duda de que la verdad exista. Porque la conciencia filosófica, para ser tal, tiene que entenderse necesariamente como una crítica radical del Absoluto³. Y, si no es así, nuestra conciencia será lo que queramos, pero desde luego, no una conciencia filosófica. Que la filosofía sea amor por la sabiduría sólo indica que la filosofía ama un proceso de búsqueda. La tenencia de los universales no es el botín de la filosofía y, por tanto, quien se declare poseedor de un universal, no puede considerarse un filósofo. Será un teólogo o un metafísico o un vividor, pero no un filósofo. Un filósofo es un buscador de verdades y la única verdad que hasta ahora ha encontrado, no es



ZENIT N.52

que la verdad no exista, sino que "si busca la verdad tal vez la encuentre". El filósofo que niega la existencia de la verdad es un ateo, un filósofo que se ha can-

sado de buscar. El filósofo que afirma la existencia de la verdad es un creyente, un filósofo que ha dejado de buscar. El filósofo que duda de la existencia de la verdad



es un agnóstico, un filósofo que ha entendido que el reto de la existencia no es encontrar sino buscar.

En el primer escalón del filosofismo el masón Maestro Secreto ha entendido que ser curioso es la primera condición para ser sabio, que la curiosidad por sí misma no garantiza el conocimiento y que ser curioso sólo me garantiza ser como el resto de los mortales, semejantes o no, humanos o animales. El Maestro Secreto ha descubierto la Conciencia, el yo más absoluto y más solitario, el "mi interior" que me obliga a ponerme en el lugar de los otros yo, los de mis semejantes, si quiero entender la búsqueda de su verdad. El Maestro Secreto ha descubierto que la verdad es la existencia de la conciencia y que, dado que cada yo tiene la suya, la única forma de entender la de los demás es ponerse en el lugar de los otros yo, sin dejar de ser yo mismo. El Maestro Secreto, a diferencia del antes Aprendiz, ha descubierto que ser sabio es muy sencillo, que con un cincuenta por ciento de memoria y un cincuenta por ciento de buena predisposición basta para ser un sabio de armario. Es decir, alguien que, como a un elemento cualquiera, puedes disponer al lado de un libro para que ambos adornen el anaquel de tu estantería. Por supuesto que esos sabios son valiosos, pero sólo en cuanto que hombres y, en eso, no tienen más valor que los demás hombres. Incluso menos útiles que el menos leído de sus semejantes, al menos en lo que se refiere a la necesaria organización y salvaguarda del bien común. Los sabios de armario son y pue-

den ser prescindibles. Incluso me atrevería a decir que es conveniente que así sea, pues los teóricos del "todo" son inactivos e incluso una rémora para el "nada", pues la suya es una mera especulación del "todo teórico" cuando, de lo que en realidad trata la vida, es de construir algo sobre el "nada pragmático". Y aquí "el nada", no es el vacío, sino que es "el todo por construir", mientras que "el todo" sería el "todo construido" si el "todo" fuera posible. Porque la fatalidad del "todo construido", frente al "nada por hacer", es que aquél puede estar bien o mal construido, mientras que ésta, como aún no está, ni está bien ni está mal. La fatalidad del "todo construido" es que como no hay garantía de esté bien construido, el "todo construido" sólo es una quimera. La "nada", pues, es aquello que hay por hacer. La "nada", es aquello con lo que todos y cada uno de nosotros nos encontramos cuando nacemos. La "nada" es "el todo por hacer". La "nada" es-lo-que-hay. El "todo" es-lo-que-queremos. En la primera no interviene nuestra voluntad porque "la nada" es el ser. El "todo" es el deber ser. La "nada" es lo que hay y eso quiere decir que "todo está por hacer". La "nada" es la Verdad, la única verdad de la que no podemos dudar.

Y es cuando pretendemos que "la nada" deje de ser "nada" cuando interviene nuestra voluntad, la individual y la colectiva. Cuando nuestra conciencia interviene⁴ en el mundo por hacer, este mundo, esta "nada" empieza a ser "algo". Y "el algo" no es un "todo" porque "el algo" pertenece a la esfera del individuo,

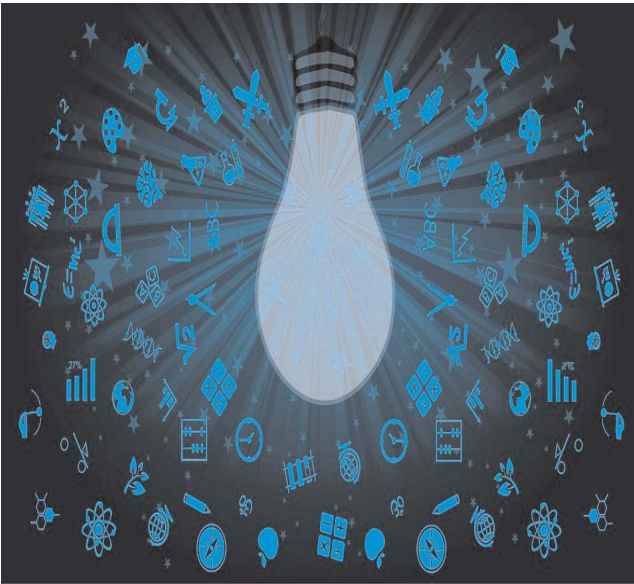
mientras que "el todo" pertenece a la esfera de lo colectivo. Un individuo sólo puede tener "algo", no puede tener "todo" porque entonces el individuo sería Dios. El colectivo tampoco puede tener "el todo" porque el colectivo carece de sujeto personal; el colectivo es un yo enajenado, nada más. El colectivo es un conjunto de individuos cuya conciencia individual - voluntariamente o no- se ha enajenado en un ente figurado, el Super yo. Tampoco la suma de los individuos nos produce "el todo", lo más que produce es la suma de muchos "algos".

Digamos pues, que "algo" es un trozo. Y muchos trozos, forman muchos "algo", pero no un "todo", porque siempre hay un "algo" que se puede añadir y, por tanto, "el todo" es un "todo inconcluso", es un "algo" cada vez más grande, pero nunca un "todo". No existe la posibilidad del "todo". A lo más que podemos aspirar es al "algo" y "el algo" es el comienzo de la duda, de la duda de que seamos capaces de llegar más allá de una simple pretensión. El "algo" es la certidumbre de la duda, de la duda de que "algo" pueda dejar de ser "algo" para llegar a ser "todo", de que "algo" realmente sea "algo" y en realidad no deje de ser "nada". El "algo" es la ficción del "todo". Y si "el algo" es una ficción, quiere decir que ese "algo" no es y, si "algo" no es, es que es "nada". Así pues, concluyamos que "la nada" es el ser, "el algo" es el ser en potencia y "el todo", reconozcámoslo ya, del "todo" sólo podemos decir que es una mera y triste, pero no por ello menos cierta, quimera.

Del reconocimiento de nuestra frustración por nuestra incapacidad para obtener "el todo" surge el reconocimiento de nuestra frustración por ser seres imperfectos, por ser seres finitos⁵. El "todo" es una mera aspiración, es la aspiración del hombre a ser Dios. Y si Dios es "todo", quiere decir que Dios es el fin, porque más allá ya no hay más. Cuando el "todo" es "todo", quiere decir que ya no puede añadirsele otro algo. Cuando el "todo" es "todo", el "todo" es Dios.

Si hablamos de verdades, cuando la verdad es Verdad con mayúsculas, quiere decir que no hay otra verdad que pueda hacer dudar de su existencia. Pero la Verdad con mayúsculas sería el "todo" y ya hemos visto que el "todo" ni es la suma de los "algo" ni por supuesto, no es "el nada". Ya hemos concluido que el "todo" es una aspiración y que su no existencia es la frustración de nuestra conciencia finita.

Pero si bien es cierto que no puede haber una Verdad verdadera porque en cuanto descubramos otra que la refute, la Verdad sería una mentira, no lo es menos que sí puede existir la mentira, porque la mentira es lo falso y lo falso es la prueba de que la verdad no existe, dado que constantemente la estamos refutando. En lo científico. En lo religioso. En lo filosófico. En lo social. Por tanto, lo primero de lo que no podemos dudar es de que es imposible que la verdad exista⁶. Ninguna verdad absoluta, porque para que una verdad sea absoluta tienen que darse una de estas dos condiciones:



o que no pueda refutarse -y nadie puede asegurar que esto no pudiera suceder- o que todos los individuos consideren la verdad ajena como propia, imposibilidad que la historia sobradamente se ha encargado de demostrar.

Como masones intentamos aprender a distinguir lo bueno de lo malo. A cuestionar la verdad como algo en sí misma. Intentamos aprender a hacer las cosas bien. Por eso intentamos aprender a conducirnos en sociedad. El masón era el filósofo comprometido con su tiempo. No era el pensador aislado, académico. Fue el especulador de su tiempo, que intentó transformar la sociedad desde una posición teórica, que tomó partido contra lo que estaba mal y que por eso actuó contra todo y sólo respetó las leyes si las leyes eran justas⁷.

Antaño, vivir masónicamente era asumir riesgos y pensar era asumirlos más aún. Pero no pensar de cualquier

manera. No. Pensar de forma proactiva, es decir, decidiendo intervenir en lo que acontecía, en el destino individual y en el colectivo. Antaño el masón decidió intervenir en la vida y no ser un mero espectador de ella. Su pregunta no fue por el ser, sino por el cómo ser, porque ponerse de acuerdo acerca del ser, lo hemos visto más arriba y la historia está llena de tristes ejemplos, no era posible. La única posibilidad para garantizar la existencia del ser no era especular sobre él y su trascendencia sino dotarse de normas que garantizarán, aunque fuera imperfecto, su supervivencia. Por eso el masón no organizó su Logias contra nadie (a diferencia de sindicatos, partidos políticos y clubes) sino a favor de todos. Por eso pervivió en el tiempo. El masón había entendido que lo primero que vemos cuando cerramos los ojos a la oscuridad profana es el interior de la caverna y lo último que vemos cuando abrimos los ojos a la verdad masónica es el interior de esa misma caverna y, por tanto, aquel masón había entendido que él era su propia caverna, su propia oscuridad, su absurda animalidad.

En el ahora nos decimos masones y otros masones nos dicen que no ejerzemos la verdadera masonería. Ahora, discutimos por el ser y, con esa vacía discusión, cada vez desteñimos más la esencia de la masonería. La pregunta, ahora, es hacia dónde vamos. Y la respuesta no está en la filosofía, no está en permanecer agazapados a la espera de mejores tiempos, la respuesta no está en filosofar acerca de los universales. La respuesta está en nuestras enseñanzas, en nuestras nor-

ZENIT N.52

mas. La respuesta está en nosotros mismos, en dar luz a nuestra propia caverna. La respuesta está en las formas, porque son lo único que puede trascender nuestra conciencia individual. Y está en las formas porque, al ser comunes e iguales para todos, son las únicas que pueden garantizar la Igualdad de oportunidades. Está en las formas porque, al ser comunes e iguales para todos, son las únicas que garantizan, en consecuencia, la Fraternidad. Está en las formas porque, al ser comunes e iguales para todos, son la única garantía de que la nuestra no sea una Libertad encadenada a las normas de los poderosos.

Despertar de la conciencia individual. Superación de la conciencia individual en la conciencia colectiva. Afirmación de la libertad absoluta de conciencia. Ese es el camino que en el filosofismo el masón recorre hasta sentar que la base de nuestra convivencia es el resultado de la interacción de las conciencias individuales. A diferencia de la religión, que pretende que el individuo se supere enajenándose en un ente (en la divinidad); a diferencia de los ismos (comunismo, fascismo, nacionalismo, etc.) que persiguen la superación del individuo enajenándolo en la masa de siervos que supone el colectivismo, en la masonería filosófica no se demoniza al individuo pues el individuo se supera en otro individuo, en el individuo proactivo, en el individuo sujeto al motor de su propia necesidad de cambio⁸.

En el último escalón de un Capítulo, por culpa de la duda, o más bien

gracias a ella, y en la medida que sintetiza las enseñanzas anteriores, es por lo que el Caballero Rosacruz tiene FE, fe en destruir las falsas doctrinas que no son otras que las que afirman la existencia de una verdad como Verdad absoluta. Y por Verdad aquí, no nos referimos sólo a la verdad divina, sino también a la débil verdad humana. Gracias a la duda es por la que el Caballero Rosacruz tiene ESPERANZA en que como no puede garantizarse la no-existencia de la perfección, el ser humano, por su curiosidad, por su afán de saber, siempre aspirará a conseguirla. Gracias a la duda es por la que el Caballero Rosacruz ejerce la CARIDAD como elemento de empatía con los demás hombres, pues la duda le permite entender que tal vez los demás sean como uno mismo y no seres inferiores

Si cumplimos con nuestro deber de Caballeros Rosacruz es porque habremos entendido que la Ignorancia, la Hipocresía y la Ambición sólo podemos combatir las con la Fe en nuestra capacidad de aprendizaje, con la Esperanza en que nuestro quehacer sea justo y con la Caridad para que nuestros iguales gocen de nuestras mismas oportunidades. Si entendemos que actuamos como Caballeros Rosacruz ejerceremos una actitud proactiva y habremos entendido que nadie tiene más obligación para con uno mismo que la que él tiene para con los demás, que nada la sociedad debe a quien nada a la sociedad da. Si actuamos como Caballeros Rosacruz es porque habremos entendido el activo significado de la palabra encontrada: por el fuego la naturaleza se regenera.

BIBLIOGRAFÍA

1. Gordillo Pérez, Luis Ignacio. Conferencia "REAA y valores constitucionales". Dictada en 2017 en los primeros encuentros en Gijón de los cuerpos Jurisdicionados de Castilla del SCG33. Para Gordillo la solución al problema de la convivencia requiere una solución creativa fundamentada en la proactividad del individuo como impulsor de su propio de su propio destino.
2. Entendida la masonería, si es posible, y esto sería objeto de otro ensayo, como categorización filosófica y, por tanto, superado el filosofismo en el sentido que explicita la RAE como "falsa filosofía" o "abuso de ella".
3. O como dice Victoria Camps en "Elogio de la duda" (2018), lo que mantiene viva la filosofía es la capacidad de dudar, de no dar por definitiva ninguna respuesta.
4. Al modo de la intencionalidad o cogitativo, percepción indudable de Edmund Husserl.
5. En esa línea de reflexión podremos entender la Religión como la invención del hombre para auto consolarse de su propia finitud.
6. Y es precisamente la formulación cartesiana de cogito ergo sum la que garantiza la fatalidad de esa afirmación. René Descartes "Discurso del Método".
7. El filósofo de la Ilustración (¿el masón del siglo XVIII?) dejó de ser teólogo para convertirse en philosophes porque la Ilustración, como figura del pensamiento, es un actitud emancipatoria respecto de todos los aspectos de la vida, un intento no frustrado de liberación intelectual, moral y política que se sirve de un mismo instrumento: la crítica, cuyo principio destructor abarcará la totalidad de la vida misma (La ausencia de ilustración española como categoría filosófica, memoria de licenciatura, tutora Amelia Valcárcel, Universidad de Oviedo, 1985). El masón del XIX llevó las consecuencias de esos principios a la política y popularizó conceptos como republicanismo, democracia, liberalismo y emancipación colonial.
8. Este escrito se ha argumentado como una especie de constructo de lógica formal: partiendo de una premisa llegamos a esa misma premisa como validación de sí misma.





Revista del Supremo Consejo del Grado 33 y último del R.: E.: A.: y A.:
para España

DIRECTOR:

Alberto Requena

CONSEJO DE REDACCIÓN:

**Ramón Montoya
José Ramón Rodríguez
Jaume Carreras
Josep Manuel Sanchis
Rafael Palmer
Adolfo Zabala
Jesús Prieto**

EDITA:

La Gran Comisión de Publicaciones del Supremo Consejo del Grado 33 y Último del Rito Escocés Antiguo y Aceptado para España.

Correo electrónico: zenit@scg33esp.org

Zenit es una publicación plural y abierta que no comparte necesariamente las opiniones expresadas por sus colaboradores. Su contenido podrá ser difundido y reproducido siempre que se cite su procedencia.

